

[De esto y aquello IV]

## Diálogos del escritor y el político

I

### Palabras y actos

P.—Ay, amigo, tú no haces sino predicar á otros que hagan, sin hacer cosa por tu propia parte.

E.—¿A qué llamas hacer? ¿y á qué predicar? ¿Es que quien predica no hace algo?

P.—Sí, pero una cosa es predicar y otra dar trigo.

E.—Y la palabra, ¿no es trigo? ¿no es pan? ¿no está dicho que no sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra...?

P.—Que salga de la boca de Dios, pero no de la del hombre. Las palabras divinas son palabras sustanciales, son cosas; las del hombre no son más que pasajeras conmociones del aire versátil. Esto te lo he oído á ti mismo otras veces.

E.—Sí, y de ahí aquello de que en el principio era la Palabra, por quien fué hecho el mundo, y que Dios hizo éste con su palabra.

P.—Así es, aunque Goethe lo corrigiera: en el principio fué la acción...

E.—Es que Goethe sabía bien, presumo yo, que acción y palabra son una misma cosa.

P.—¿En Dios, sí; en el hombre, no!

E.—Y en el hombre también. ¿O es que has olvidado las palabras del centurión al Cristo cuando le decía que él, con una sola voz, movía á sus soldados?

P.—Con una sola voz, sí; pero con una voz de mando.

E.—De mando es toda voz que sale del corazón.

P.—Obras son amores...

E.—Y no buenas razones, cierto. Pero hay palabras cordiales, calientes con el calor de la sangre, que son más que razones. Acaso no sea el oficio supremo del lenguaje el razonar. Y de aquí la fatalidad de tener que razonar con un instrumento que no hizo sólo el raciocinio. La voz sale de más cerca del hígado que no de la cabeza, y en el hígado asentaba Platón el dón adivinatorio. Antes de ser raciocinio ó comentario de profeta, fué acaso la palabra oráculo de vate.

P.—Vuelvo á mi tema; de poco valen las palabras sin actos.

E.—¿Actos? La palabra acto en boca de un político, como tú lo eres, quiere decir casi siempre palabra. Lo que llamáis llevar á cabo un acto suele reducirse de ordinario á pronunciar un discurso. Y es que todos sois centuriones; el ir al combate en que se pega y se reciben golpes, es cosa de los soldados.

P.—Un acto, sí, puede llegar á ser una palabra; un acto decisivo, un «hágase» creador; pero es cuando el que la pronuncia se compromete por ella y por ella empeña su porvenir. Pero tú, el escritor, ¿en qué te comprometes con tus palabras escritas?

E.—Sí, manejar la pluma es algo así como manejar la rueda, ¿no es eso? La cuestión es dar la cara como el orador, que le vean á uno, sobre todo si es guapo; el punto está en la presencia personal, ¿no es así?

P.—Vuestros escritos se deshacen en nube...

E.—Y si de ella llueve y se riegan los campos y brotan con el riego de la lluvia flores, ¿qué más dicha? Vosotros, en cambio, encerráis las nubes en férreas máquinas y mueven artefactos...

P.—Y sacan agua que también riega los campos.

E.—Las aguas de bombas y artefactos son para regar hortalizas de ordinario; las flores brotan del agua del cielo, por lo común...

P.—Quédate con tus flores.

E.—Te dejo con tus hortalizas.

P.—Y en todo caso, ¿no puede uno recrearse y restregarse la vista con su verdura?

E.—Sí, como, llegado un aprieto, puede uno comerse las flores. De ella sacan miel las abejas, y la miel es tan sustanciosa y nutritiva como dulce al paladar.

P.—Por este camino, amigo, llegaremos á que todo es uno y lo mismo, como dice nuestro amigo el filósofo.

E.—¿Eso sí que es una palabra!

P.—Y un acto, en cuanto te permite no comprometerse encogándose de hombros ante todo. Un acto, pero un acto negativo.

E.—Esto de acto negativo sí que no lo entiendo.

P.—Tampoco yo. Lo dije...

E.—Sí, como decís las palabras los políticos; para cubrir el hueco de los actos. Y eso del filósofo es una de sus mayores tonterías. Pues ya sabes lo que de los filósofos decía Almeida Garrett, el portugués; que son tan locos como los poetas, y además tontos, cosa que los poetas no son.

P.—¿Hm!

E.—También yo digo ¡hm! á eso de que no haya poetas tontos. Pero dejando esto, te diré que lo de decir que todo es uno y lo mismo sólo puede referirse al fondo de las cosas. En el fondo, sí, todo es uno y lo mismo; pero como jamás llegaremos á ese fondo, por ser él inasequible, es como si no fuese así. Llevar las cosas al fondo es el más cómodo medio de dirimir las disputas.

P.—¿Y sabes que yo sospecho que no hay tal fondo, que las cosas no tienen fondo alguno, que están huecas, que les falta sustancia?

E.—Sí, no pienses así, no me expliques que

DAD  
NCA

judieras hacer un regular político. El político que crea en el fondo de las cosas, y por consiguiente, que todo es uno y lo mismo, está perdido. Para el político no puede haber más que apariencias, accidentes. Las sustancias se le escapan. Una ley de administración municipal nada tiene que se toque con la sustancia de la vida de un pueblo.

P.—Y tus palabras, ¿caso tocan á la sustancia de algo?

E.—A la sustancia de las almas, si es que de la sustancia de mi alma brotaron.

P.—Pero vuelvo á lo mismo: ¿en qué te comprometes tú escribiendo? ¿En qué empeñas tu porvenir? ¿En qué pones en ello tu alma de hombre?

Miguel de Unamuno.

# ~~Diálogos del escritor y el político~~

## El guía que perdió el camino

II

E.—Pues bien, amigo, sí, tienes razón; yo con mis escritos no me comprometo á nada, no empeño mi palabra ni mi porvenir. ¿Y qué? Mi acción termina así que escribo. ¿Te conviene lo que dije? Tómalo. ¿Te parece mal? Déjalo. ¿Qué te importa que me contradiga, si es que de hecho me contradigo y no sucede, como es lo ordinario, que la contradicción está en tu mente y no en la mía? El fin del escritor es escribir é influir con sus escritos en los demás. ¿Qué importa que hoy influya de un modo y mañana de otro si es que influye?

Tu posición es distinta; tú tienes que atenerte á tus palabras, porque tus palabras son promesas, pero las mías no. Yo no prometo nada á nadie, y como á nadie prometo nada no me comprometo. Tú no puedes variar de criterio porque fiados en el que sustentas se te han adherido muchos y siguen tus pisadas, tú con tus palabras has encadenado los intereses de muchos en torno tuyo y no te es lícito destruirlos. Pero yo...

P.—Y tú también. Muchos que leyéndote se han aficionado á ti...

E.—A mí no, á las ideas con que al ellos leame estaba yo jugando.

P.—Bueno, pues muchos que se han aficionado á las ideas con que tú jugabas, creyéndote serio...

E.—Y lo soy; juego muy en serio.

P.—Creyéndote serio, repito, se han hecho á pensar por tí, á reposar en tu pensamiento, ó si quieres en tu juego, y si les sale sosteniendo algo que de tí no esperaban se ven defraudados; les engañaste.

E.—Ya, sí, te entiendo. Delegaron en mí su pensamiento; me nombraron, por aclamación tácita, su administrador intelectual. Así es; así es en todas partes, y así es más aquí donde propendíamos todos á delegar nuestro pensamiento. D. Pámfilo, el honrado burgués,

se ha acostumbrado á pensar sobre las cosas políticas por cabeza del que hace los fondos de *El Diario*, que lee todas las mañanas, alternando cada parrafo con una sopa de chocolate bien encamellado. Si ese fondista, fondero ó como quieras llamarle, se contradice un día, D. Pámfilo sufus en la integridad lógica de su pensamiento delegado, y ese sufrimiento puede perturbarle la digestión del

chocolate. Pues bien, yo no he aceptado nunca administraciones intelectuales; yo nunca me he comprometido á pensar por cuenta ajena. Píleno por la mía propia, y qué importa que hoy lo haga así y mañana asá.

P.—Poco á poco, amigo, poco á poco. No podemos impedir el que los otros descansan en nosotros, el que nos fien su criterio. Los fieles reposan en el apóstol; le creen á él más bien que á sus palabras, porque vienen que éstas son un hombre, un hombre siempre el mismo. Si el apóstol pierde su fe en sí mismo, su fe en sus ideas, esa fe de tantos otros que en sagrado depósito guarda, ¿le es lícito declararlo? ¿Tiene derecho á sumir á miles de almas en la desesperación espiritual, aunque él pueda vivir de la rebuca de la verdad, ya que no de su posesión? Recuerda al Brand de Ibsen. Un general que comprende ha perdido la batalla no puede declararlo sí con esta declaración provoca una desastrosa retirada de sus soldados; está obligado hasta á fingir una victoria, si con ello consigue una retirada en un orden.

E.—Es que yo nunca me presenté como apóstol ni como general.

P.—Ni general ni apóstol, ni escritor ni político se hace uno; lo hacen los demás.

E.—Sí, el hombre es un producto social.

P.—Hablaba ahora como un oráculo político. Pero prosigo.

E.—Sí, prosigue. Cuando al político le coge la oratoria y la dialéctica retórica, hay que dejarle.

P.—Pues déjame. Dime, si un Papa perdiera la fe en su propia infalibilidad pontificia ó no la tuviera cuando le preconizaron, ¿le sería lícito declararlo? ¿Sería humano, sería moral, que por un mezquino motivo de amor propio—porque eso de aparecer sincero no es más que una cuestión de amor propio mezquino,—sería humano, digo, que por tal egoísta motivo dejara á miles, á millones de almas, faltas de apoyo espiritual?

E.—Es que yo no soy Papa, no soy más que un modesto escritor, un hombre que escribe. Yo pascó sin cebo, con anzuelo solo, como el pescador del cuento; á nadie engaño, él que quiera picar que pique.

P.—Si el guía de una caravana ha perdido el camino y sabe que al saberlo se dejarán morir los caminantes de aquélla, ¿le es lícito declararlo? ¿No debe más bien seguir adelante, puesto que todo sendero lleva á alguna parte?

E.—Bien, ¿acabaste?

P.—No, un político no acaba nunca.

E.—Hé aquí nuestra ventaja, y es que nosotros los escritores acalhamos á cada momento. Vivimos al día y esa es nuestra fuerza. Y yo, por mi parte, amigo, ni soy apóstol, ni soy general, ni soy Papa, ni soy guía.

P.—Pues has hecho creer a muchos que eres algo de eso.

E.—¿Qué, Papa?

P.—No, apóstol.

E.—Sí, de mí mismo. Mi pelea es una pelea santísima, mi pelea es que se nos tome por lo que realmente somos, por nosotros mismos, mi pelea es que se respete la personalidad. Mi lema es que cada hombre es un hombre. ¿Y qué culpa tengo de que se empeñen en hacerme representante de estas ó aquellas doctrinas? No quiero esa esclavitud y me revuelvo contra eso de que los otros pretendan saber mejor que yo lo que debo escribir, decir ó hacer. Todos mis supuestos amigos á aconsejarme; debes hacer esto, debes hacer aquello, tus aptitudes están aquí, no vayas por aquel camino. Me lo quieren señalar ellos, un camino que sobre todo no se cruce con los de ellos. Y no lo quiero.

P.—Pero eso es inevitable, hijo de Dios, eso es lo humano...

E.—Lo inhumano más bien. Que me respeten y que no pretendan traerme de acá para allá á merced de sus gustos; que no se empujen en ~~regardarme el papel de la transición~~

dia, sino que me dejen con mis «amortillas». Más quiero ser autor mediano que actor óptimo. Y sobre todo que no me apunten. Y mira, llega esto á tal, que basta que me aplaudan en el recitado para que lo interrumpa. Ya sé que dirás que esto no es serio...

P.—No, no lo digo.

E.—Pues debiste decirlo.

P.—Lo que digo es que eso no es sino egoísmo...

E.—El mejor remedio contra el egoísmo.

P.—Y digo que lo que haces no es sino jugar á las ideas.

E.—Exacto.

P.—Y eso...

Miguel de Unamuno.



# Diálogos del escritor y el político

## III

### El juego de las ideas

E.—Juego á las ideas, en efecto; muy noble juego y antiquísimo.

P.—Tan antiguo como los sofistas.

E.—Admirables varones! ¿Y Sócrates, no era acaso otro sofista? ¿No jugaba á las ideas tanto como Parménides ó Protágoras?

P.—¿Y el sentido moral?

E.—Se puede jugar á las ideas muy moralmente, en santa ofrenda al dios de ellas.

P.—¿Son las ideas para jugar con ellas?

E.—¿Y por qué no? No mires, pues, el contenido de las que para jugar me sirven...

P.—Acaso no le tienen.

E.—Es fácil; las ideas, como lo demás, carece tal vez de fondo. O más bien le tienen fuera. No te pongas, pues, á examinarlas, sino mira más bien mi juego y si es limpio y diestro. Hay filósofos que dicen que el método lo es todo, es decir, el juego, el ejercicio de la actividad, la manera de manejar las ideas. Son éstas como la pelota para el pelotaire; ¿quién se pone á examinar aquella y á destriparla? Al que miramos es al jugador, apreciando su destreza, su habilidad, su fuerza, la limpieza de su juego.

P.—¿De modo que te son indiferentes las ideas con que juegas?

E.—No tanto. Me interesan mucho y las examino como el pelotaire examina las pelotas con que ha de jugar. No todas son iguales ni mucho menos. Las hay buenas y malas, peores y mejores, pero su bondad ó maldad estriba en si se prestan ó no al juego: Es mala toda pelota que no sirve para jugar con ella, es buena la que sirve, y tanto mejor cuanto mejor sirva. Y ve por donde establezco un criterio para discernir de ideas.

P.—Sí, un criterio estético, ó más bien juglaresco, de jugador.

E.—Un criterio lógico, pues que la lógica, el método, es el juego de las ideas. Idea que no se presta ó se presta mal al juego, es idea mala, es decir, falsa, y las mejores son las que mejor se prestan á él, las más elásticas. Ya ves que yo, el jugador de ideas, no juego con todas ellas.

P.—En efecto, aún no te he visto jugar con dogmas.

E.—Es que no botan. Y como no botan, son falsos, porque son muertos.

P.—Hay, sin embargo, quienes juegan con ellos.





E.—Sí, á tirárselos á la cabeza unos á otros, á la pedrea.

P.—Pues no se hacen mucho daño.

E.—Porque los creen de piedra inquebrantable y son de trapo.

P.—¿Y no ha habido jugadores de dogmas?

E.—¡Ya lo creo! Pero muy luego el dueño de ellos, el depositario de esos chinarras redondas de esas peladillas, se las quita de las manos.

P.—Hay varias maneras de jugar, sin embargo...

E.—Exacto, se puede jugar á la pelota, á los bolos, á la calva ó marro. Y esos chinarras sirven muy bien para jugar á la calva, sirven también para irlos colocando en fila, ó en montones, ó formando figuras más ó menos simétricas, como hacen los chicos. Se puede también usarlos á modo de bolas de cañón, para dispararlos contra alguien y hacerlo trizas. Pero mi juego es el de la pelota, el más noble, el más saludable, el más humano. El de la pelota y á largo. Así examino mis ideas y solo me sirven las que botan y me quedo con las que botan mejor, es decir, con las más elásticas que son las más sutiles, las más comprensivas, las más profundas, es decir, las más verdaderas.

P.—¿Y no sirven las huecas?

E.—¿Esas de los niños? No, esas duran poco y alcanzan como. No resisten al aire.

P.—Sin embargo, el pelotón de ese juego inglés á que se juega con los pies...

E.—Sí, para jugar con los pies sirven los «ideones» huecos. Y eso lo debes saber tú, porque á eso, al «football», jugáis en el Parlamento con grandes ideas huecas pero que botan mucho. Mas como son tan grandes, no es las puede empuñar; hay que cogerlas con ambos brazos, y qué tan malhe abarca poco arrojada.

P.—Pero, hombre, esto no es serio!

E.—¿Qué no es serio?

P.—Lo que estamos haciendo.

E.—¿Y qué estamos haciendo?

P.—Jugar á las metáforas. Y la metáfora, amigo, es el gran peligro.

E.—Suprime entonces el lenguaje, que no es sino metáfora. Ya sé que hay entre vosotros algunas que se tienen y pasan por oradores y aparentemente desprecian la metáfora, como puede el «unico» despreciar á la mujer. Son oradores salbáricos—otros dicen que severos,—en sus discursos no hay más frescura que la del sudor. Pero yo, que sé que las ideas salieron de las palabras más que éstas de aguilillas, sé que el lenguaje, y el pensamiento con él, es metáfora. Jamás llegaremos á pensar en álgebra, y eso que hasta el álgebra está llena de metáforas.

P.—Y si las palabras no brotaron de las ideas, ¿de dónde entonces?

E.—De las emociones, de los sentimientos, de las sensaciones, de los deseos, de todo lo menos intelectual, aunque siempre algo. Por eso mi lógica, la lógica metafórica, la de los «rabim» de Israel, de Oseas, de Amós, de

estas, es lógica sentimental.

P.—Vamos, sí, lógica de poeta.

E.—Exacto, lógica de poeta, ó sea poética, esto es, creativa.

P.—Sigámos la metáfora; ahora te has vuelto de jugador de pelota, de pelotaire, constructor de pelotas, palotero. ¿Y este oficio de hacer ideas?

E.—Lo ejerce, en efecto, el poeta, sea de una, sea de otra especie. Pues todo creador de ideas, sea en forma de personajes de novela ó drama, sea de sentimientos íntimos, sea de fórmulas matemáticas, sea de teorías científicas, no es más que un poeta.

P.—¿Más que...?

E.—Cierto, no es menos que un poeta.

P.—¿Y cómo y por qué en vez de hacer ideas juegas á ellas?

E.—Jugando con ellas es como se las hace.

P.—Hombre, ¿querrás ahora en tu furor metafórico hacerte creer que se hace ideas nuevas peloteando á las viejas?

E.—Sin duda, porque son vivas. Y á fuerza de darlas contra el suelo y de traerlas por el aire acaban por saltar las que llevan dentro, por echar crias.

P.—Esto ya es un desenfreno.

E.—Precisamente lo que nos hace falta; el desenfreno intelectual.

P.—¿Y el método?

E.—¿El método?, ¿el camino? ¿Y qué vamos á llevar por ese camino?

P.—¿Pero no mides el paradero de este libertinaje á que te entregas? Porque esto no es, permítame que te lo diga, más que un libertinaje imaginativo.

E.—No te me pongas así delante, que vas á obligarme á defender el libertinaje. Cuando estoy jugando no me estorbes; déjame jugar.

P.—Es que hay juegos peligrosos.

E.—Y el de la vida uno de los que más, y acaso el supremamente peligroso el de jugar á la verdad.

P.—No blasfemes.

E.—Acaso la verdad es algo pavoroso é inhumano, y presintiendo, jugamos para que no nos agarre y haga presa.

P.—¿Y qué quieres á cambio de la verdad?

E.—¿Poeta, consuelo de la vida! Ni una ni otra tienen fondo, y ésta al cabo tiene forma más hermosa.

P.—Eso del poeta...

E.—Hablaremos de él.

Miguel de Unamuno.



# Diálogos del escritor y el político

## IV

### Poeta y abogado

P.—En cuanto al poeta...

E.—Sí, esa «cosa ligera, alada y sagrada», como lo definió Platón. Y en primer lugar, cosa, «chrema», que es como le llamó; cosa, algo de que puede usarse, cosa y no hombre.

P.—No es muy halagüeño ser cosa.

E.—Menos halagüeño es ser hombre. Al fin las cosas son inocentes. No les alcanza el pecado original, como no le alcanza al poeta.

P.—¿Volvemos a empezar?

E.—Un volver a empezar es toda continuación. Y continúo con Platón que, poco más adelante, hace decir a Sócrates que los poetas no son sino intérpretes de los dioses. Y para ser fiel intérprete de un dios, hay que convertirse en cosa, dejando por momento de ser hombre. El hombre es rebelde a la humildad y a la obediencia, y la poesía exige obediencia ante todo. No lo que queremos que el dios nos diga, sino lo que quiera decirnos el dios, el señor y amo de las ideas. El nos las da y él nos las quita. Y sólo las da a los mortales por mediación de los poetas, de los verdaderamente humildes y de veras obedientes, de los que dan cuanto reciben y reciben cuanto dan. Y así es como el poeta crea.

P.—¿Crea?

E.—Crea ó descubre, que es lo mismo.

P.—¿Y qué descubre?

E.—Mediterráneos.

P.—Mediterráneos había de ser...

E.—Y es lo que más necesitamos que te nos descubra, lo que mejor creemos conocer, lo que tenemos ante los ojos. Y esta es la divina misión social del poeta: descubrirnos lo que estamos viendo a diario. Una vez hablaba yo con un portugués grande admirador de Víctor Hugo de las patochadas y perogrulladas grandilocuentes de éste, y me dijo: ahí está su fuente; en habernos revelado grandes trivialidades. Y añadió: hasta que Víctor Hugo dijo «el género humano existe», había muchos que no lo creían ó no lo sabían. Y me dejó convencido al portugués.

P.—Porque ibas a convencerte.

E.—Siempre voy a ello. El filósofo hace trivial lo sublime; el poeta hace sublime lo trivial. Y al sublimarlo nos lo descubre. Tú has pasado todos los días, durante años, al pie de un tilo que hay a la salida de tu casa, según vas de ella al Parlamento, y no viste que era un tilo ni supiste lo que ser el tal, hasta que no llegó un poeta y te vino á decir: «mira este tilo», pero no con estas palabras, sino

con otras más aladas y más sagradas que te permitieron conocerlo. Te lo descubrió con una metáfora; te lo dio convertido en mito, esto es, en algo permanente.

P.—Los mitos son permanentes?

E.—Sí, más duraderos que eso que llamáis vosotros realidades. Las palabras, que al aire se las lleva, son las cosas que más duran. El aire se las lleva, es cierto, pero van desde el aire soltando semilla.

P.—También sueltan semilla los actos.

E.—Sí, en cuanto son palabras...

P.—Volvemos á las aladas.

E.—Volver á las aladas es la vida, y es también la poesía. Porque de la poesía es hacer nuevo el sol de cada día y todo nuevo bajo él; de la poesía es revelarnos cómo la vida es creación continua; de la poesía darnos toda la novedad de la rutina y santificar la costumbre. Por eso la poesía se complace de preferencia en lo pasado, en lo que ha sido, en lo que ha vivido, en lo que ha sufrido, en lo que es recuerdo y costumbre.

P.—Vamos, sí, que la poesía es conservadora.

E.—Y dime tú, el político, ¿qué progreso cabe sin conservar? ¿Qué es lo que progresa sino el pasado, el recuerdo, la costumbre?

P.—Hay que mirar al porvenir.

E.—Sí, al través del pasado; si no, ¿cómo?

P.—¿Y qué tiene que ver en esto el poeta?

E.—Es el que reanima las cenizas de lo que fué. La historia, ó es poesía ó no es nada.

P.—O es política.

E.—Esto es, abogacía.

P.—¿Qué rencor te profesas!

E.—Y eso que aún no tuve pleito. Pero la aborrezco, y la aborrezco por destructora. Toma á sueldo las ideas, y se puede jugar con ellas pero no alquilarlas, no tomarías de pretexto. Complácense las ideas en que se jueguen con ellas y se ofenden de que se las tome de celestinas.

P.—¿Y cómo lo sabes?

E.—Porque dan hijos á quien con ellas juega y son escariles para quien las alquila. Aman al poeta y aborrecen al abogado.

P.—¿Y si el abogado fuera á la vez poeta?

E.—Sí, todos tenemos algo de lo uno y de lo otro, pero todos llevamos dentro al angel y á la bestia. El abogado puro sería tan imposi-



de como el puro poeta. La cosa alada y ligera necesita un peso que alguna vez le haga bajar á tierra, á cobrar fuerzas á su toque. Y los dos polos de nuestra alma son estos: poesia de un lado, abogacia del otro. Y cuando estos polos se juntan, cuando el poeta y el abogado se funden en uno solo, dan el filósofo. El filósofo es un poeta de la abogacia trascendente ó si quieres un abogado de la poesia cósmica. Porque abogado es el que va á tiro hecho, á demostrar algo, á buscar una solución; el teólogo es un abogado de la religión. Recoger datos como quien recoge flores, investigar en ellos, váyase á donde se vaya, es poesia de ciencia; tomar una tesis é ir luego en busca de pruebas en que apoyarla, es abogacia. Por eso el poeta no discute, afirma.

P.—¿Y qué afirma?

E.—Hoy y aquí lo de hoy y de aquí, y mañana lo de mañana, y allí lo de allí.

P.—Valdremos á lo mismo; quieres decir que se contradice.

E.—No, no es él quien se contradice; es Dios quien con él juega, quien juega con esa cosa alada, ligera y suagnada, soprándote de acá para allá; es Dios quien en el poeta y por el poeta se contradice. ¿O crees tú que la verdad de Dios es, como la del hombre, un chinarró?

P.—¿Es que su verdad y la nuestra no son una misma?

E.—Me complazco en creer que no. La verdad del hombre es algo pavoroso é inhumano, como ya te tengo dicho; la de Dios no. Acaso la verdad de Dios es algo que ofende á nuestra lógica de abogados. ¿Hay algo más terrible que eso de que dos y tres sean siempre cinco para nosotros?

P.—No vendrá mal, en efecto, que alguna vez sumando á tres dos hicieran mil y no cinco.

E.—En poesia tres y dos pueden ser mil.

P.—Y pueden no ser nada.

E.—Y pueden serlo todo. Y aquí está el toque, en el ó todo ó nada. Nuestro poeta, el que llevamos todos dentro, nos lleva al todo, nuestro abogado á la nada.

P. Paradjico estás.

E.—No seas mentecato.

P.—¡Hombró!

E.—Hablemos, pues, si te place, de la paradoja.

**Miguel de Unamuno.**

## Diálogos del escritor y el político

V Y ÚLTIMO

### La paradoja

E.—Pues sí, empieza á molestarme ya la gansada esa de la paradoja. Es una salida como otra cualquiera. Llamáis paradoja unos á lo que no comprendéis bien, otros á lo que oís por vez primera. Os pasa lo que cierto sociólogo inglés dice les pasa á los ingleses de la burguesia intelectual, y es que cuando han dicho: «en mi vida he oído semejante cosa», se imaginan que han refutado ésta. Y además la paradoja, lo que llamáis paradoja, es el modo más enérgico de presentar la verdad. El clavo hay que meterlo de punta y no de cabeza, y las verdades son clavos, cuñas, en el tejido de vuestras ideas. Se puede coger una idea y buscarle las caras por donde más pronto encaje en el conjunto de las que formen vuestro caudal, pero así se le quita su fuerza. Y se puede presentarla por donde choque más.

P.—¿Para que sea más eficaz su introducción ó sólo para que choque?

E.—Para una y para otra cosa. Al pronto parece resistirse, pero al cabo entra mejor. La eficacia de ciertas verdades evangélicas estriba en la forma paradjica en que las expuso el Cristo. O ¿qué son sino paradojas aquello de que quien quiera salvar su alma la perderá, y lo de que es más difícil que entra un rico en el reino de los ciegos que enhebrar un calabrote por el ojo de una aguja, y lo de que hay que oír á su padre y su madre y tantas cosas más de estas? ¿Va nadie á tomarlas al pie de la letra? Observa que el Evangelio está todo éi tejido de metáforas, parábojas y paradojas; y no encierra, en cambio, ni un solo silogismo. Claro, como que el silogismo es lenguaje humano, bajamente humano, político, en fin; mientras que la metáfora, la parábola y la paradoja son lenguaje divino en boca del hombre. Toda poesia alta y hondamente poética es paradjica y metafórica, es traducción de lo divino.

P.—Pero ¿qué es, en fin, la paradoja?

E.—Es toda idea, ó mejor dicho, toda expresión de idea, que se desvía del común sentir, pues «para» indica desviación, algo que está fuera de otra cosa, y «doxa» opinión.

P.—Vamos, sí, algo que va contra el sentido común...

E.—Contra no, pues entonces sería «anti-doxa», y no «paradox». No es que va en contra de la corriente central y más fuerte, es que se desvía de ella para enriquecerla.

P.—Pero tú ya sabes aquello de «quien no está conmigo contra mí está».



E.—Otra paradoja evangélica, que, como puedes suponer, no se me ha escapado. Y que se desvía también de ese horrendo, de ese mezquino, de ese miserable sentido común, enemigo del propio, y al que te acoges como á tu elemento. El sentido común, que es el que juzga con los medios comunes de conocer y con el cual los que sólo disponen de la simple vista, de la vista común, declaran loco ó paradójico al que les anuncia lo que vio á telescopio ó á microscopio, el sentido común no pare más que lugares comunes. Y la paradoja es el polo opuesto al lugar común.

P.—Vamos, sí, que la paradoja es lo propio de nuestra alma poética, y el lugar común lo propio de nuestra alma abogadesca ó política.

E.—Tú lo has dicho. Y el poeta convierte en paradojas los lugares comunes.

P.—Y nosotros los políticos, según eso, convertimos en lugar común la paradoja.

E.—Así es; la paradoja de hoy es el lugar común de mañana.

P.—Menos cuando perece.

E.—Entonces no fué paradoja, sino vaciedad ó tontería.

P.—O error.

E.—Los errores, si son vitales, vuelven.

P.—Y las vaciedades...

E.—Esas no, esas no necesitan volver; son permanentes.

P.—¿Y cuando ya tu público se aprenda tus paradojas?

E.—Inventaré, si me queda inventiva, otras; rebuscaré en nuevas menas.

P.—¿Y si te descubren el procedimiento?

E.—Importa poco descubran la cantera si no saben sacar de ella piedra.

P.—Pero al fin te sabrán de memoria los que te lean.

E.—Entonces, á morir; es decir, á callar, ó sea á que me consagren.

P.—¿Cómo á que te consagren?

E.—Sí, nada me aterra más que las consagraciones. Dios aleje de sobre mi cabeza un homenaje cualquiera. Eso es como decirle á uno: «Descansa, poeta—ó lo que fuere,—no cantes más! Nos estás ya fastidiando con el mismo estribillo; te lo sabemos de memoria; toma esto y calla!» No quiero jubilationes ni patentes de inmortalidad, más ó menos académica, en vida; quiero acabar mi carrera con mi muerte, y sino con mi silencio voluntario, pero no que el público me jubile homenajeándose. No quiero que me entierren en vida. El homenaje que un escritor debe codiciar es ser leído.

P.—Y discutido...

E.—Justo, y discutido; este es el supremo. Llegar á ser indiscutible, ¡qué horror!

P.—Se lucha para vencer.

E.—Tú, el político, sí; yo, no. Luchó para luchar; es decir, para vivir. Si venciera, eso que tú llamas vencer, ¿qué haría luego? ¿Descansar con una corona en la cabeza? No quie-

ro descanso á la luz y sobre la tierra, sino en lo oscuro y bajo ella. El vencedor no trabaja con eficacia. Los vencedores suelen ser al cabo vencidos por aquellos á quienes vencieron, los bárbaros por los siervos romanos. Quiero morir bárbaro, sin doblar la cabeza ante el Concilio toledano. Los que se someten á la fuerza es para someter luego por astucia á quien les sometió. El escritor de quien se dice que ha triunfado, es un prisionero de su público. Un éxito ruidoso y explosivo es un éxito fatal; el que lo consiguió con una obra, suele pasarse luego la vida plagiándola, reeditándola en nuevas formas. No, no lo que esperan que les dé, sino lo que yo quiera darlos.

P.—¿Y si tú quisieras darles precisamente lo que de ti esperan?

E.—No; de lo mío aplauden lo menos mío, la bazofia. Me aplauden las ideas expósitas, las que recojo en la calle ó en el aire, las visto y las suelto después de haberlas vestido con la librea que lleva mi seña y cifra; pero las mías, las mías propias, las brotadas de mi corazón caliente... á éstas las dejan pasar ante sus puertas sin apenas hacerles caso. Y es natural, en aquéllas, en las expósitas, en las que recogí del arroyo y vesti, reconocen hijas propias, tuyas, hijas de esa gran ramera que se llama opinión pública, la impúdica é infiel esposa del sentido común, de este ciervo de ramosa cornamenta. Y las recogen y acogen por eso. Pero yo sé que ello cambiará, llegando día en que se mire á mis hijos y se vuelva la espalda á esos miserables engendros.

P.—¿Y por qué los adoptas entonces? ¿Por qué los recoges y les vistes con tu seña y cifra?

E.—Has tocado, amigo, en algo doloroso, muy doloroso, has tocado en algo de que no quisiera hablar. Páreceme que cuando me alaban ciertas cosas no es sino para vituperarme fácilmente otras. Y esto sucede en general. Así como cuando oyes elogiar á alguien debes preguntar: «¿contra quién va ese elogio?», así cuando te alaban algo tuyo piensas contra qué otra cosa, también tuya, de seguro más tuya, va ese elogio. ¡Y qué cosas me han alabado, Dios mío! Al escribirlas ó al decir las no dejé de sentir alguna vergüenza, no me faltó conciencia de que lo hacía bajo el fatal conjuro de esa vil ramera de que te dije; pero al aplaudírmelo, y sobre todo al ver quiénes me lo aplaudían, se me reveló toda la vaciedad y toda la vulgaridad de lo que había escrito ó dicho. Vi entonces que me querían candar con el aplauso. Y en tales casos es cuando me refugio en esas que llamas tú y tus congéneres mis paradojas, en mis queridas paradojas. Son las que me defienden; son las que impiden que deje de ser yo. Y yo quiero ser yo.

P.—A todos nos pasa igual; cada cual quiere ser él mismo.

E.—Ojalá; pero no es así. No, no quiere cada cual ser él mismo, sino que más bien los más de los hombres quieren ser lo que no son, y de aquí el egoísmo.

P.—Tocaste el punto.

E.—Sí, pero como esto del egoísmo y su oposición al egotismo es cosa larga, sutil y profundamente paradójica y metafórica, vale más que lo dejemos. Es mejor para meditación en soledad que para charlada en compañía.

Y se separaron.

Miguel de Unamuno.